



# GLOSAS

## Doña Felipa de Lancaster

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo III.....

Quien haya leído *Os filhos de Don João I*, de J. P. Oliveira Martins, que nuestro Menéndez y Pelayo reputaba como la mejor obra de aquel a quien llamó el historiador más artista de la Península—nosotros creemos que el único verdaderamente artista y hasta poeta—; quien haya leído esa obra admirable, recordará la pintura que en ella nos hace su autor de Doña Felipa de Lancaster, la mujer del rey Don Juan I de Portugal y madre de Don Alfonso, que murió de dos años; de Don Duarte, que sucedió a su padre en el trono; de Don Pedro, el que cerró las siete partidas del mundo; de Don Enrique el Navegante, de Doña Blanca, muerta en la infancia; de Doña Isabel, que casó con el duque de Borgoña; de Don Juan, y, por último, del Infante Don Fernando, el Santo, el pobre mártir que murió en Fez. «Isaac, efectivamente, inmolado por un Abraham terrible, en holocausto al genio casi semita que nos impelia—dice Oliveira Martins—, como fenicios, a la aventura de los mares.» En junto, ocho hijos, nacidos desde 1390 a 1402. Cuando Doña Felipa casó con el Rey de Portugal tenía ella veintinueve años. Tuvo el primer hijo a sus treinta y dos años, y a los dos de casada, y el último, el santo—de cuyo nacimiento queremos aquí decir—a los cuarenta y cuatro de edad. «Los primeros dos años—dice el historiador—fueron estériles; pero luego, en 1390, la Reina comenzó, con una puntualidad inglesa, a producir su hijo anual.»

«Era buena, suave, rubia—nos dice—; era grave y serena, como las inglesas son, aunque tengan dentro de sí una de dos cosas, ambas fuertes: o el sentimiento arraigado del deber, o la violencia indomable de la pasión. Tal vez por eso mismo no sedujo luego el temperamento expansivo y meridional

de Don Juan I; mas por eso mismo le dominó con el tiempo, trasmitiendo su gravedad y su virtud sajona, y produciendo la más bella especie de cruzamiento.»

Doña Felipa no había recibido, ciertamente, los mejores ejemplos morales de su padre, el duque de Lancaster, que convivía con su mujer y una querida, Catalina Bonet, casada y aya de sus hijas. «Los hechos, sin embargo, mostraron—nos dice Oliveira Martins—que el propio ejemplo del libertinaje paterno ejerció, como tantas veces sucede, una acción saludable en el ánimo de la hija. Reaccionó. No era una criatura ingenua; era más y mejor: era una mujer decidida a ser buena, por lo mismo que había visto y observado de cerca la maldad. Esta fuerza de reacción, esta energía moral, que sin duda alguna formaban el carácter de la Reina, dándole la serenidad de su faz augusta, son la dote inestimable de la gente sajona. Viven de sí, y no, como los meridionales, de las im-

presiones externas que reciben. Tienen el orgullo ingénito, inaccesible a la vanidad que nos mueve. Gobiéranse por el pensamiento o por el sentimiento, sin atención al tumulto del mundo que pasa. Son la gente subjetiva, poetas hasta la raíz de los cabellos; al paso que nosotros, meridionales, artistas incorregibles, preferimos vivir la vida que corre, alegremente, sin fatigas del alma, a la ley de la naturaleza. La vida para ellos es un tarea ordenaba por un deber; para nosotros, es una fiesta o un sacrificio. Por eso se nos da poco de ella, y en esto consiste nuestra superioridad, porque mucho más fácilmente somos capaces de heroísmo.»

El gran historiador poeta nos cuenta luego cómo en los doce años de un





procrear incesante de Doña Felipa—de 1390 a 1402—, el Rey, su marido, en el vigor de la edad, no tuvo un solo bastardo, y cómo la corte era una escuela y la Reina, «plegando al pecho su velo de esposa casta», no perdonaba, y hasta nos cuenta la actitud de ésta ante un ligero devaneo de su marido; y no eran celos, nos dice, pues sólo los tiene quien tiene pasión. «Era aquel sentimiento exclusivamente sajón para el cual también hay sólo en inglés palabra: era el *cant*, esa mezcla inconciente de orgullo y convención, que, quedándose por debajo de la religión del deber, está muy por encima de la hipocresía, esto es, de la simulación conciente de ella.» Y agrega el sagaz historiador: «No hay sentimientos más despóticos que estos sentimientos casi artificiales, en que la ingenuidad aparece enlazada con la convención.»

Pero el rasgo más íntimo y más hermoso de Doña Felipa de Lancaster, el que mejor nos descubre las entrañas de su alma, no le hemos leído en Oliveira Martins, sino en la *Crónica del Infante Santo, Don Fernando*, que escribió su secretario y devoto servidor, Fray Juan Alvarez. En esta ingenua crónica del siglo XV, que es toda una vida de santo, al contarnos Fray Juan Alvarez cómo la Reina Doña Felipa quedó embarazada de su octavo hijo, el santo infante, dice:

«Y como tenemos experiencia que maravillosos hijos proceden de nacimientos y comienzos milagrosos, así acaeció que al tiempo de la concepción de este Infante, estando la Reina muy enferma de fiebre y en disposición tan flaca que, por regla de física, no fué hallado remedio para que ella, sin mortal peligro, pudiese parir, fué acordado que le diesen brebaje para abortar, con lo cual su salvación era dudosa. Y al tiempo que había de serle dado, declarándole todo esto el Rey, su marido, la muy virtuosa Reina no quiso conformarse con la muerte del concebido hijo, diciendo así: «¡Señor, no queráis que cuando yo, en ningún caso, consentiría en ser homicida, lo quiera ser ahora de mi propia carne.

5-217  
Y más os digo: que para vivir el hijo, tendría yo por bien empleada mi muerte, y si a Dios pluguiera, con el hijo muera la madre, mayormente que Dios es poderoso para dar a ambos vida, si fuese así su merced, en lo cual yo tengo esperanza, por merecimientos del leño de la Santa Cruz en que él padeció por redimimos, que su redención aprovechará a esta criatura, que no perezca antes de recibir bautismo.»

¡Nobilísimas y notabilísimas palabras! Porque ellas nos revelan cómo Doña Felipa de Lancaster, fuerte en su fe, en su católica fe inglesa de Salisbury—Salesberry dice Fray Juan Alvarez—, prefería correr riesgo de muerte antes de poner a un alma humana en riesgo de irse al limbo, que equivalía para ella a anonadarse, antes de hurtar al Reino de Dios un futuro santo posible, como lo fué el Infante Don Fernando, el mártir de Tánger. Y esta fe explica cómo no era en aquellos tiempos y países el antimalthusianismo. De seguro que Doña Felipa habría rechazado hasta cualquier brebaje que la liblara de la maldición que Jehová lanzó a Eva, según se lee en el versillo 16 del capítulo III del *Génesis*.

«Y entendió el Rey su bueno y santo propósito—prosigue Fray Juan Alvarez—, lanzó en tierra el jarabe que en la mano tenía para darle de beber, y mandó la Santa Vera Cruz del Manillar por el precioso leño de la Cruz que allí hay, y plugo a Dios que al cabo de días la Reina tuviese muy bueno y seguro parto. Y parió este Infante en el día de San Miguel, de septiembre, por cuya memoria le hacían cada año pesar la cera dos veces: una en el día de la Santa Cruz de mayo, y otra en el día de San Miguel, de septiembre.»

No quiso Doña Felipa de Lancaster, mujer del rey Don Juan I de Portugal, salvar la vida de su pobre cuerpo, rendido de dar frutos, poniendo en riesgo de que se perdiera un alma para el cielo, y así dió a luz y a cruz al octavo de sus hijos, el santo Infante Don Fernando, el que, volviéndose a la derecha, y diciendo: «Ahora, dejadme acabar!», en tierra africana «dió su bendita alma al Señor Dios, que la crió, con el cual vive por siempre». Y unido a su nombre va el de su madre, la suave y serena y rubia hija del duque de Lancaster, y a cuya alma nutrió, diga lo que dijere Oliveira Martins, algo más que el *cant* que en el siglo XV aún no se conocía, pues que es hijo de la Reforma. El *cant* nació entre los motilonos (*roundheads*) de Cromwell.

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S